

ras, como asimismo las grandes alegrías, porque todo lo que impresiona enérgicamente el alma impide contar los instantes.

Preciso es tener un corazón elevado para derramar ciertas lágrimas: no de otro modo el manantial de los ríos caudalosos se encuentra en la cumbre de los montes que se avecinan al cielo.

El alma del hombre es trasparente como el agua de una fuente, mientras no se remueven las amarguras que oculta en su fondo.

La sencillez procede del corazón, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo así que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Hombres hay que no son elocuentes porque su corazón habla muy alto, y les impide oír lo que dicen.

Pide al arrepentimiento la túnica de la inocencia, pues él es quien la encuentra y devuelve á los que la han perdido.

Acariciar la virtud sin ser capaz de amarla, es estrechar las hermosas manos de una jóven con las rugosas de la senectud.

Entrando los trabajos en el órden de nuestros destinos, los que se proponen olvidarlos y se ocupan del porvenir, no reflexionan que no verán este porvenir. Cada cual entrega á otro, al morir, el peso de la vida: en cada sepulcro hay un hombre que recibe la carga de la mano del que va á descansar para siempre, y el nuevo mensajero, lleva á su vez esta carga hasta el sepulcro que le espera.

Todos los hombres se adulan á sí mismos, todos tienen en los labios esta frase banal: «¡Cuanto dista esta época de tal otra!»—¡Cuánto dista! ¿Tan larga es acaso la duración de la vida?

El árbol se desnuda hoja por hoja: si los hombres contemplasen todas las mañanas lo que han perdido el día anterior, conocerían á fondo toda su pobreza.

El hombre no abriga interiormente aversión alguna contra la muerte, y aun experimenta cierto placer en morir. La lámpara que se apaga no padece.

La muerte, en las creencias de los salvajes, es una mujer alta y muy hermosa á quien solo falta el corazón.

Las cenizas de un difunto, sea cual fuere la antigua condicion de este, son sagradas. El polvo de los tiranos da lecciones tan interesantes como el de los buenos reyes.

Hay dos puntos de vista desde los cuales la muerte se muestra muy diferente. Desde uno se la ve á la extremidad de la vida, como un fantasma á la de una larga alameda: parece pequeña en lontananza, pero á medida que nos acercamos á ella se agiganta, y el inmenso espectro concluye extendiendo sobre nosotros sus yertas manos, que nos ahogan.

Desde el otro punto de vista, la muerte parece enorme en el fondo de la vida; disminuye, pero á medida que caminamos por ella y próximos ya á tocarla, desaparece. El necio y el sabio, el cobarde y el valiente, el impío y el buen cristiano, el hombre dado á los deleites y el virtuoso, ven pues, de diferente manera la muerte en la perspectiva.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Tú, que diste tu vida y tu muerte por los hombres; tú, que amas á los que lloran, ¡escucha la plegaria del desgraciado que sufre á tu ejemplo! sostén el peso que le abrumba, y sé para él el Cirineo que te ayudó á llevar la cruz en el Gólgota!

FIN.

LOS CUATRO ESTUARDOS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

calle del Príncipe núm. 4.

1854.

LOS CUATRO ESTUARDOS.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBREROS

POB. DON MANUEL M. VILLANVA.



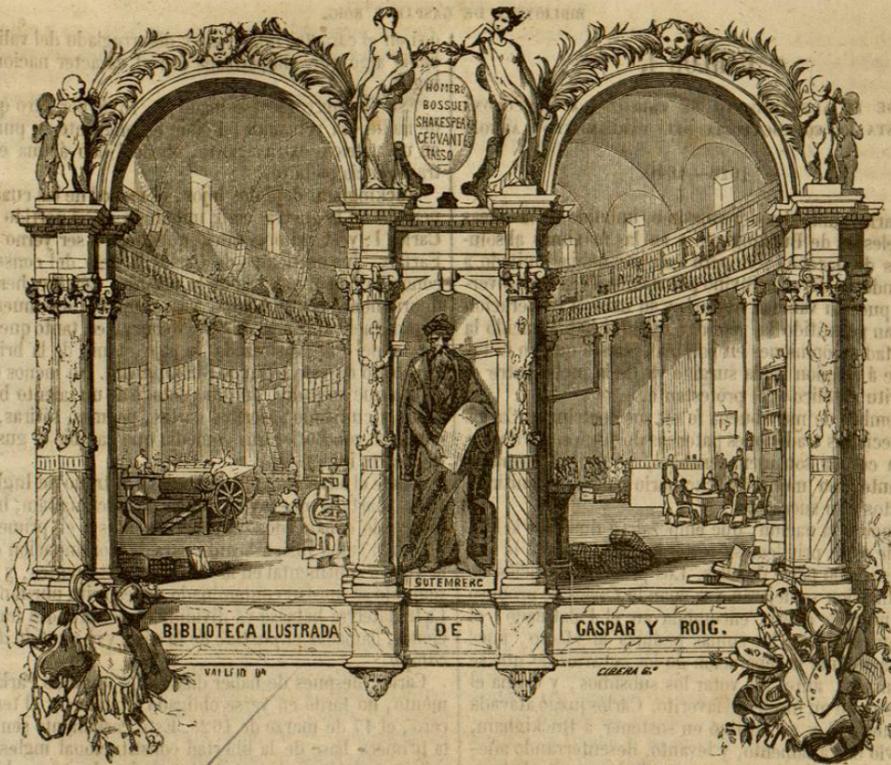
CHATEAUBRIAND

MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.

Calle del Precatorio núm. 1.

1844.



LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO I.

1603. — 1625.

Es indudable que en 1603 nacieron en la Gran-Bretaña, al advenimiento de Jacobo I, muchos individuos que fallecieron en 1688, á la caída de Jacobo II; así es que todo el reinado de los Estuardos en Inglaterra no fue mas largo que la vida de un hombre de edad avanzada, habiendo bastado ochenta y cinco años para la completa desaparición de los cuatro monarcas que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, las preocupaciones y las desgracias que pesaron sobre su raza.

Jacobo, á imitación de muchos príncipes devotos, fue manejado por favoritos; pero mientras defendía con la pluma el derecho divino, abandonaba el cetro á Buckingham, que abusaba del derecho político; este valido ostentaba los vicios del poder real, con cuyas virtudes se adornaba el monarca. Es harto comun que los príncipes deleguen el poder á un ministro cuya indignidad conocen, y que, intentando imitar á Dios, cuya imagen se llaman, tengan el orgullo de crear algo de la nada.

Jacobo espiró sin violencia en el lecho de su mujer que habia dado muerte á María de Escocia, á esa no-

ble María, que segun una tradicion, hizo á su verdugo gentil-hombre ó caballero; á esa hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseaba ver su cabeza cortada con una espada á la francesa, segun refiere Estéban Pasquier. *El verdugo mostró la cabeza separada del cuerpo*, dice Pedro de l'Estoile; y cayendo en aquel momento al suelo el prendido, se echó de ver que las pesadumbres habian dejado calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de una prision de diez y ocho. Pero Jacobo no dejó de trabajar por establecer los principios que debian producir el trágico fin de Carlos I, y murió temblando siempre entre la espada que le habia amenazado en el vientre de su madre, y la cuchilla que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado no fue otra cosa que el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall: espacio oscuro en que desaparecieron Bacon y Shakespeare.

Jacobo fue un autor que no careció de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo al *Eikon Basilike*, encerraba esta leccion, tan inútil para su hijo Carlos: «Aleja de tí los hombres que tienen un interés en ocultarte las necesidades de tus súbditos, para mantenerte en la dependencia, y que presentando siempre al soberano las quejas públicas como actos sediciosos, dan á las lágrimas de los pueblos los nombres de desobediencia y rebelion.»

CARLOS I.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I A LA CORONA
HASTA LA CONVOCATORIA DEL PARLAMENTO LARGO.

1625—1640.

Carlos subió al poder supremo, imbuido en las ideas novelescas de Buckingham y en las máximas absolutistas de Jacobo I; empero este se había limitado á defender el derecho divino por medio de la controversia, pues su vanidad literaria y su natural moderación habían permitido la réplica; de aquí había nacido la libertad de opiniones en política, puesto que en lo tocante á religión había surgido ya de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Hombre de muy buena fe en sus doctrinas, Carlos obedecía las tradiciones paternales de que los privilegios de la corona son inenagables, y que el monarca reinante, su mero usufructuario, debe transmitirlos intactos á su sucesor.

Empero la nación, que empezaba á dudar de la latitud de estos privilegios, sostenía que el trono le había usurpado parte de ellos. Los primeros indicios de esta división se dejaron ver cuando Carlos se propuso continuar la guerra encendida en el Palatinado: el Parlamento negó las sumas pedidas al efecto, pues quería obtener la reparación de los agravios de que se lamentaba, antes de votar los subsidios, y exigía el destierro de un insolente favorito. Carlos juzgó atacada su autoridad y se obstinó en sostener á Buckingham, disolvió el Parlamento, y levantó, desenterrando añejas leyes, arbitrarios impuestos. Todo su reinado trascurrió en este mismo espíritu.

Grandes fueron sus esfuerzos para gobernar sin el concurso del Parlamento; pero la saludable necesidad de la monarquía representativa, necesidad que impone al príncipe un ejercicio templado del poder, para conseguir la recaudación tranquila de las contribuciones, atraía forzosamente la corona al principio constitucional. Cuanto más á su capricho había obrado el rey, tantas más garantías se le reclamaban; así es que cedia ó se estralimitaba de nuevo, pero sus concesiones y sus demasías daban siempre por resultado el reconocimiento de algunos derechos.

En medio de este conflicto se formaron eminentes talentos, se trazaron los límites de diferentes poderes, se desenmarañó el caos político, vislumbráronse muchas verdades á través de muchas pasiones, y cuando estas se disiparon, subsistieron aquellas.

Buckingham, el valido de Jacobo, que turbó los primeros años del reinado de Carlos I, es más notable en la historia pasada de lo que será en la futura, porque no se enlaza con ningún gran movimiento del espíritu humano, ni con ningún gran vicio ó virtud, en la cadena moral de los hechos.

Era Buckingham hombre pródigo, disoluto, de hermosura sin expresión, de orgullo desmedido y de limitado y caprichoso espíritu; uno de esos hombres en quienes predomina la materia, y cuyo espíritu subyugan la carne y la sangre. Este favorito se conceptuaba un general, no siendo sino un soldado. Fanfaron de galantería en la corte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la de Francia, y acaso en la de Inglaterra, suponía triunfos que no había alcanzado.

No obstante, es digno de atención que Buckingham desafiase impunemente á Richelieu, y que aquellos terribles parlamentarios que algún tiempo después hicieron subir al cadalso á Strafford, hombre eminente, sufriesen, aunque acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Consiste esto en que los hombres perdonan más fácilmente al poder que al genio; y queda por averiguar si Richelieu despreció á un aventurero,

ó si en el carácter imperioso y desarreglado del valido había algo que simpatizaba con el carácter nacional inglés.

Este hombre fue asesinado en 1628 por otro que de nadie era vengador: Felton ensangrentó su punal en un patricio extravagante, obedeciendo á una extravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos, el menor de los cuales pereció en la guerra civil militando en el partido de Carlos I; y el primogénito, que llegó á ser yerno de Farfaix, fue en tiempo de Carlos II jefe del consejo conocido con el nombre de la *Cábala*. Célebre hereditariamente por su afición á las mujeres, dió muerte en un duelo al conde de Shrewsbury, en tanto que la esposa de este, disfrazada de paje, tenía de la brida el caballo de este segundo Buckingham. No menos disoluto que su padre, aunque dotado de un talento brillante y cultivado, escribió cartas, poemas, sátiras, y compuso con Butler una comedia que cambió el gusto del teatro inglés.

Desde el advenimiento de Carlos I al trono de Inglaterra, hasta la muerte del duque de Buckingham, habían sido convocados tres parlamentos: el primero votó una suma insignificante para la continuación de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró contaminado del espíritu puritano. La Inglaterra habíase ya dividido en dos grandes fracciones, llamadas el *partido de la corte* y el *partido del campo*.

Carlos, después de haber disuelto el segundo Parlamento, no tardó en verse obligado á convocar el tercero, el 17 de marzo de 1628. Este Parlamento sentó la primera base de la libertad constitucional inglesa, sancionando la famosa *petición de los derechos*, bill encaminado á precisar las atribuciones de la corona, en virtud de los principios consignados en la gran Carta. Los Comunes se enorgullecieron hasta el extremo con esta victoria, y después de varias escenas de violencia en que algunos diputados llegaron á vías de hecho, el rey se vió precisado á prescindir de su curso.

Asesinado Buckingham y disuelto el tercer Parlamento, trascurrieron doce años sin convocar otro. El consejo de Carlos se componía á la sazón de ministros que presentaban un extraño contraste de mérito y de ineptitud.

El guarda-sellos sir Tomás Coventry, reunía á una vasta erudición una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter íntegro carecía de ese calor que crea amigos y de esas pasiones que forman discípulos. Viéndose, pues, poco apoyado en la corte, vió cundir el mal sin dar noticia de sus progresos á su señor; y, según dice Clarendon, «tuvo la fortuna de morir en un tiempo en que todo hombre honrado hubiera deseado abandonar la vida.»

Sir Ricardo Weston, primer lord de la Tesorería, había mostrado en una clase humilde un talento y un valor que le abandonaron en el pináculo del poder: altanero y cobarde, y tan propenso al insulto como á temblar delante del insultado, no legó á su familia otra cosa que la indigencia y el infortunio.

El conde de Pembroke se distinguía por sus virtudes, por su genio y por cierta gracia particular, y solo se le acriminó su pasión por las mujeres; pasión á que sacrificó un tiempo que hubiera debido consagrar al alivio de las calamidades de su país.

Una gallarda presencia y su destreza en la caza habían asegurado en la corte la posición del conde de Montgomery, hombre que hubiera pasado desapercibido en tiempos normales. La medianía de este ministro fue objeto de severos cargos contra Carlos, porque en las revoluciones se considera un crimen en los reyes el no rodearse de hombres capaces de elevarse á la altura de las circunstancias.

El conde de Dorset debía á la naturaleza un talento

ameno y una profunda sabiduría; dotes que le granjearon un brillo igual en la cámara de los Comunes y en la hereditaria; pero por desgracia su impetuoso carácter le arrastró á los excesos. Aunque valiente y entusiasta, prodigó su tiempo á galanteos sin honor, y su sangre á combates sin gloria.

La privanza no sirvió al conde de Carlisle sino de medio de gozar de los placeres; y si bien tenía un talento natural para la dirección de los negocios, nunca hizo uso de él. Murió en la indolencia, sin haber sido herido por la tormenta que oyó bramar á lo lejos.

Adulador de Carlos en la prosperidad, lord Holland le abandonó en el infortunio: bajeza vulgar común á las almas mezquinas; este hombre llegó á ser uno de los bota-fuegos del Parlamento, pues cuando las facciones empiezan, escogen al acaso sus caudillos, y arrojan luego al abismo los monos que habían tomado por hombres.

Por último, el arzobispo de Cantorbery cierra la lista de los consejeros de Carlos, en los tiempos anteriores á los disturbios. Este prelado desplegó en la corte una inflexibilidad de carácter que le hizo incapaz de amoldarse á las circunstancias; por lo que, aborrecido de los grandes, cuyas intrigas y costumbres despreciaba, no tuvo otros medios de sostenerse que la autoridad de una vida santa y la fama de una integridad llevada hasta la rudeza. Y del mismo modo que se había negado á doblegarse ante los magnates, se opuso á los excesos del pueblo, pasando de la persecución de las intrigas á la proscripción de las revoluciones.

Apoyado en este ministerio, Carlos reinó por espacio de doce años con una autoridad ilimitada; es cierto que no abusó de ella bajo el punto de vista administrativo, pero buscaba en teoría lo que había llegado á ser imposible en práctica, es decir, una monarquía absoluta. Muy fácil es el tránsito del gobierno absoluto al gobierno arbitrario, pues el absolutismo es la tiranía de la ley, y la arbitrariedad la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiera querido sufrir un impuesto, entonces módico, hubiera vivido bajo un despotismo tolerable, pues Carlos tenía virtudes domésticas, denuedo, moderación y probidad; pero se analizaban todos sus actos con la ley en la mano, y se hallaba que podían ser buenos, mas no legales; así es que una sola resistencia daba por resultado el empleo de la fuerza y un escándalo. A falta del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara Estrellada, fatal auxiliar de la corona.

La sentencia expedida en 1636 contra Hampden por no haber querido someterse al impuesto del *Sihpmoncy* agitó más hondamente los ánimos; y mientras esto ocurría, una conmoción religiosa trastornaba la Escocia. Merced á ese misterioso concurso de circunstancias que produce la renovación de los imperios, el pueblo de Escocia y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo en el momento mismo en que los obispos querían hacer triunfar la Iglesia anglicana, y pretendían introducir una parte de la pompa católica.

La nueva liturgia fue rechazada en 1637 en Edimburgo, y la multitud gritaba: ¡El papa! ¡el papa! ¡el anticristo! El reino se sublevó y el *covenant* quedó firmado.

Y no obstante, de este acto fanático, místico é ininteligible, que expresaba en una gerigonza bárbara las ideas más mezquinas, brotaron la libertad, la tolerancia y la civilización constitucional de Inglaterra. No de otro modo salió de los horribles comites de 1793 el pacto de la nueva monarquía francesa. Toda perturbación política se funda en una verdad que le sobrevive. Por lo regular, esta verdad está confusamente envuelta entre palabras salvajes y hechos atroces; pero en los grandes cambios de los Estados, las palabras y las acciones pasan, en tanto que el hecho político y moral que resulta de una revolución es toda la revolución. Cuando esta aborta es porque ha sido inten-

tada demasiado pronto ó demasiado tarde, es decir, mas acá ó mas allá de la época en que hubiera hallado los hombres y las cosas en el grado de madurez adecuado á su fructificación.

Una asamblea general de la nación escocesa sucedió á las primeras conmociones de Edimburgo. El episcopado fue abolido en 1638, y empezaron los reclutamientos para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomás Wentworth, miembro del tercer parlamento, había provocado eficazmente en él la famosa *petición de los derechos*; pero, una vez establecido el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth se declaró el sosten de la prerogativa real atacada, así como había sido el defensor de las libertades populares escarnecidas. Carlos lo había nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias políticas en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth, quien dió á su soberano consejos enérgicos. Mas ¿de qué sirve recomendar la fuerza á la debilidad?

Aunque en toda revolución hay siempre algunos momentos en que nada parece más fácil que detenerla, es tal la condición humana y tan extraña la combinación de las cosas, que nunca se aprovechan esos propicios momentos. En vez de resistirse, el mismo Carlos hizo un *covenant*, como Enrique III había formado una liga. Los covenantarios escoceses calificaron de *satánico* el *covenant* del rey; y este, después de algunas inútiles concesiones, reunió tropas; lord Wentworth le suministró recursos pecuniarios, y podía poner á sus órdenes un segundo ejército; así, cuando solo se trataba de avanzar, Carlos retrocedió, y concluyó una tregua el 17 de julio de 1639, cuando contaba segura una victoria.

Los escoceses no tardaron en empuñar de nuevo las armas; lord Wentworth, creado conde de Strafford quería llevar la guerra al corazón del país rebelde, y que se reuniese un parlamento inglés; pero Carlos solo siguió la mitad de este consejo.

Hubiera podido creerse que este cuarto parlamento, reunido después de un interregno de doce años, establecería en justas quejas; sin embargo, lord Strafford lo dirigió con tanta habilidad, que los Comunes se mostraron al principio bastante dóciles. Estaban fraccionados en tres partidos: los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos, quienes aspiraban á un cambio radical en las leyes y en la religión del Estado; estos tres partidos estuvieron no obstante á punto de reunirse para votar los subsidios; pero la traición del secretario de Estado, sir Enrique Vane, favorito de la reina, lo desconcertó todo.

El rey y el parlamento, igualmente engañados por este ministro, se creyeron involucrados cuando se entendían; y Carlos, que con su habitual precipitación imaginó que iban á serle negados los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que tanto había abusado, disolviendo el 5 de mayo de 1640 este cuarto parlamento, que debía ser seguido de la asamblea que á su vez dió en tierra con la corona.

Los escoceses, que cediendo á las instigaciones de los puritanos, habían invadido de nuevo la Inglaterra, sorprendieron las tropas del rey en Newborn. Habiendo llegado Carlos á York, con objeto de rechazar á los escoceses, reunió un gran consejo de Pares, y le declaró que la reina deseaba la reunión del quinto parlamento.

Detengámonos aquí para hablar de esta reina, cuya influencia fue tan grande en el destino de su esposo Carlos I, y en el de su hijo Jacobo II.